

y que animan el menor fragmento, respirando no sé qué sople desconocido, mas varonil, mas altivo, mas heróico, que se llama el ejemplo del génio y el amor á la libertad. Tomad poetas ú hombres de primer órden de los que se producen cada cien años, tomad aun simples literatos que no tengan mas mérito que su sinceridad, ni mas fuerza que su pasión por la literatura griega, y los desafío á que no se trasformen durante su permanencia en medio de los esplendores pasados y de los debilitados encantos de la Grecia. ¡Pues bien! ese viaje apénas es el símbolo del que con facilidad incomparable y mucho mas fecundo, podeis hacer emprender á vuestros hijos á traves de los autores griegos, ofreciéndoles la llave mágica que se llama la inteligencia del texto, haciendo que les sean familiares esos libros demasiado poco hojeados, en los que todo lo que la Grecia ha visto, pensado, soñado, referido, aconsejado ó inventado, se encuentra en letras de oro y de luz. Abí es donde se debe ir á buscar inspiracion, si anhelaís que la Francia no deje de producir talentos y á veces génios.

Un ejemplo os prueba que no afirmo nada que no esté puesto en razon, y que no esté justificado con precedentes.

Hemos intentado en el arte lo que propongo se aplique á la literatura. A principios del siglo, el arte se sintió un poco cansado de la imitacion latina, de las ruinas de la Italia y de Roma, y buscó nuevo ímpetu en las ruinas de la Grecia, y en los mármoles del Partenon. Inmediatamente se produjo en todos sus ramos, con ayuda de la arqueología, un movimiento sensible de renacimiento. Se estudiaron los monumentos de la Grecia, sus templos edificados en los promontorios y las rocas, con sus capiteles mutilados, sus columnas der-

ribadas, sus adornos apénas reconocibles; á fuerza de respeto y de paciencia, los arquitectos comprendieron poco á poco los principios de la antigüedad, y han tratado de penetrar el espíritu de la arquitectura griega. De ella han recogido como recompensa una nueva fuerza, un sentimiento de medida y de delicadeza, que ántes de ellos no existia. Así mismo, la escultura francesa, que habia recorrido un círculo glorioso, pero que se habia enervado con la voluptuosa pereza del siglo XVIII, fué á vigorizarse en el seno de la escultura griega, no contentándose ya con las copias romanas que inundan los museos, sino ateniéndose á los originales encontrados en el suelo de la Grecia. Tambien es cierto, que desde hace 50 años, la escultura francesa ha producido obras que la colocan en primer lugar entre las escuelas de Europa.

Los mismos pintores, que no habian podido adivinar toda la pureza de la pintura antigua, que no habian tenido mas que revelaciones imperfectas hechas por medio de vestigios que les eran recordados por manos secundarias y por un gusto alterado ya, han encontrado, sin embargo, en las pinturas que adornan la pequeña ciudad de Pompeya, modelos de elegancia y de proporcion, de que se han aprovechado para los trages, el cuadro pintoresco y los accesorios de sus cuadros. Todo el mundo sabe lo que M. Ingres sacó del estudio de esos pintores sin nombre de un municipio de Campania; lo que sacó sobre todo de los dibujos trazados por simples artesanos, en los vasos griegos.

Lo que se ha hecho en el arte, se ha intentado tambien en uno ó dos ramos de la literatura, en la filosofía, por ejemplo. M. Cousin, cuya muerte lloramos dos dias despues de la de M. Ingres, difundió entre la juventud las obras de Platon, elegantemente traducidas, dió impulso á muchos trabajos del

mismo género, en los que se respira no sé que soplo de las bellas tradiciones, el amor de lo ideal, la investigación de los mas nobles pensamientos y de las formas mas delicadas.

Lo que se ha principiado á hacer respecto del arte y la filosofía, que se continúe con todos los ramos de la literatural. Que por medio de la inteligencia de los textos, se ponga en comunicacion á los espíritus que por vez primera se abren para las cosas bellas, con los modelos de la Grecia! Se hará así accesible una fuente nueva, imprevista, y mucho mas fecunda que las fuentes latinas.

Llego al tercer punto, el mas importante tal vez, en el que os pido mayor indulgencia, porque la debilidad de mis palabras las hará inferiores á mi pensamiento. Es el punto de vista moral y político.

El lado moral, hélo aquí. La literatura, y sobre todo, los poetas del siglo de Augusto, ofrecen á mis ojos cierto peligro, si son por mucho tiempo el alimento de la juventud, alimento, por decirlo así, exclusivo, puesto que se les llama clásicos por excelencia. Este peligro consiste en la debilidad de los sentimientos y de las imágenes, el aderezo que daban á sus obras, su uniformidad de miras, pues generalmente eran obras de convencion, siendo tomadas de los poetas griegos, y resultando débiles á causa de este mismo hecho, ó con motivo de la traduccion. Este peligro es una tendencia general hácia el abandono, hácia la laxitud amorosa, hácia la voluptuosidad. Este peligro, es la filosofía indiferente y escéptica que profesaban los súbditos de Augusto, y que se trasluce á través de sus obras; consiste en los cuadros eróticos que multiplicaron á porfía los comensales de Mecénas, y en la pasion afeminada de que no están exentos, ni las *Bucólicas*, ni los primeros libros de la *Eneida*. Se necesitan acentos mas al-

tivos, principios mas enérgicos, lecciones mas varoniles para formar hombres, para elevar su carácter, para constituir su dignidad moral. No me extenderé respecto de la incuria desdénosa, ni de las máximas anacreónticas del demasiado popular Horacio, no diré siquiera todo lo que merece el triste Ovidio, con sus pueriles metamorfosis, sus lamentaciones serviles y su insípida languidez, que escandalizaron al mismo Augusto; no haré mas que nombrar á los Gentil-Bernard y á los Parny del siglo, Catulo, Tibulo, Propercio, que son poco leídos, pero que pintan su época á la perfeccion.

Todos los poetas de Augusto, tan encantadores por la forma, por la muy rara perfeccion en el estilo, por el arte incomparable, dan á su pensamiento mas gracia que fuerza; mas bien son eruditos que inspirados; yo los compararía á los plateros florentinos del Renacimiento, que aplicaban sus mejores cinceladuras á objetos pequeños. Aun cuando canten esos poetas en un tono mas sublime, se desmienten en la página siguiente, y no hacen olvidar nunca que no son mas que imitadores. Y no es un relámpago lo que necesitan las almas que se desarrollan y quieren llegar á ser vigorosas, es la luz directa, la luz del medio día, el cielo libre y la irradiacion del sol.

Desgraciadamente los poetas de Augusto son, por fuerza, los únicos que los jóvenes pueden tener en sus manos, porque su estilo es mas puro, mas trabajado y mas inteligible. Tómense, en efecto, los restos de los poetas de la república, y sin esfuerzo, no es posible hacerlos comprender á los jóvenes. Dificiles son los fragmentos del anciano Ennio, de Pacuvio, que tienen la desventaja de no ser mas que fragmentos. Tienen todavía algo de la rudeza del terruño, y recuerdan á los antiguos latinos y sabinos; tienen una acritud

severa que repugnaria á espíritus jóvenes. Tampoco se les puede recomendar á Lucrecio. Una forma complicada encubre pensamientos magníficos, los que, además se hallan perdidos en un fondo de peligroso materialismo.

Tampoco Plauto, á pesar de su talento, es poeta que pueda dejarse hojear al acaso; y no creeríamos conveniente tratar de corregir sus preceptos sobre el arte de burlarse de los podres, recomendando la prosa rústica del gran Caton. Es cierto que los satíricos que sucedieron al reinado de Augusto tienen un vigor increíble, pero pintan tan bien los vicios que flagelan, que la pintura hace olvidar los latigazos. Además la indignacion es una virtud negativa que implica mas amargura que fuerza, que consuela mas bien que vigoriza en las épocas de degradacion, y que no está exenta de peligros para las almas infantiles, á las que sobre todo, son indispensables para desarrollarse, la calma, las inspiraciones suaves, y el espectáculo de lo bello. El mismo Tácito, el hombre de bien, tiene algo de la amargura de los satíricos, y tiene que describir demasiados horrores, para que sus obras no sean adecuadas sino para la lectura de hombres ya formados.

La necesidad, por consiguiente, de eliminar, en la educacion de la juventud, á la mayor parte de los poetas romanos, la relativa pobreza de la poesía republicana, y sobre todo la forma admirable de los escritores del siglo de Augusto, circunscriben la literatura clásica al reinado de este príncipe. ¡Pues bien! esa literatura sirve mas bien para degenerar corazones que para crear almas bien templadas.

Sé que al lado del escollo está la salvacion. Ahí está el maestro, vigilante, lleno de precaucion, que aconseja al discípulo, que le abre el libro en tal página, que se lo cierra en tal otra, que hace extractos, que está siempre alerta con-

tra el menor ataque dirigido á la honradez de sus ideas ó á la dignidad de sus aspiraciones. Horacio no dejará escapar un axioma de epicuréo sin que no sea refutado, una lisonja cobarde, sin que no sea denigrada por el profesor. La Universidad, sobre todo, que ha dado á la sociedad francesa tantos defensores en el órden moral como en el político, tantos espiritualistas y liberales, tantos escritores y oradores, sabe separar ó combatir las fáciles doctrinas de los cortesanos de Augusto, y hacer que encuentren eco en los corazones infantiles los mas nobles acentos de Virgilio ó de Ciceron.

Pero que el discípulo esté en el liceo, ó en el instituto eclesiástico, ó en la casa paterna, el profesor no está presente sino á horas determinadas, mientras que el libro siempre está á su disposicion. El jóven lo hojea, tiene sus pasages favoritos, que no siempre son los que elocuentemente ha comentado el profesor. Confesemos con sinceridad, señores. ¿Qué leíamos con mas gusto, en Virgilio, en nuestras horas solitarias cuando lo leíamos? ¿No eran los amores de Didon, las perfidias de Vénus, ó bien las lánguidas quejas del hermoso Corydon? ¿Qué es lo que hemos retenido de Horacio? ¿El arte pético, ó el Viaje á Brindes? ¿No serán mas bien los nombres de Lesbia, de Lalangéa, de los vinos que celebra, Falerno y Cecubia, el elogio de las mugeres y del placer? Esto era lo que excitaba nuestra atencion, lo que halagaba nuestra juventud risueña ó meditabunda, lo que se grababa en nuestras memorias mas fácilmente que las cosas bellas, morales y de grande trascendencia, que tambien se encuentran en Horacio, pero que son la excepcion.

El tono general de la poesía del siglo de Augusto, es, pues, cierta laxitud, un abandono epicuréo que resalta del conjunto de esa literatura. No creo que preste alimento sufi-

cientemente para siete ó ocho años de estudio, y no es de ella de donde se sacará el temple enérgico, el vigor moral, que es preciso esforzarse por dar á la juventud de todos los tiempos, sobre todo en las épocas en que el estado político de la sociedad enerva naturalmente las almas, las disgusta de los negocios públicos y les hace desdeñar tanto los deberes como los derechos del ciudadano.

¿Cuál es en efecto, la atmósfera que se respira, cuando se vive por el pensamiento con los poetas contemporáneos de Mecenas y de Augusto? Es una atmósfera de buena voluntad, de suavidad, de adulación, de renunciación personal, es la servidumbre afable, ataviada con los disfraces más nobles. Se siente en todas partes la conciencia muda en presencia del amo, el esfuerzo por desviar á los ciudadanos de los negocios, y por inspirarles aversión á toda tarea varonil. Uno celebra la tranquilidad del campo y la suave indolencia de la vida campestre; otro celebra la risa, las hermosas queridas y la voluptuosidad; el tercero elogia la sabiduría digna de los dervises ó de los alfaquies que consiste en despreciarlo y abstenerse de todo. Aconsejan la abdicación de todo derecho, y hacen grata la confianza ciega en la voluntad de uno solo, la anonadación voluntaria ante un poder irresistible. Se deshacen en alabanzas al príncipe, lo inciensan, lo vuelven un Dios, y todos apocan su genio con el triste hábito del servilismo. Tácito caracterizó muy bien esa época al esclamar: «No faltaban los genios pero la adulación los debilitaba.» La posteridad no puede dejar de repetir la frase de Tácito.

¿Es esta la escuela de la juventud en un Estado que es libre y que quiere serlo? ¿Es así como se pueden formar ciudadanos en un país organizado? ¿Son esos ejemplos bastante nobles, bastante vigorosos? ¿Esa laxitud que se respira bajo

la forma más persuasiva, no deja una huella peligrosa en las imaginaciones tan sensibles de la infancia? ¡Ciertamente sí! esos recuerdos quedan grabados: la belleza de la forma, hace que las doctrinas afeminadas sean todavía más seductoras. Y más tarde, cuando se deja la casa paterna, el instituto particular, ó el liceo, la forma póstica que se tiene en los oídos, si no dirige nuestros pensamientos, tiene en ellos sin embargo más influencia de la que se supone. Un joven propietario, por ejemplo: sueña, no con el trabajo, sino con la tranquilidad del campo, como Tityrio y Melibéo y los amigos de Horacio. Se dice á sí mismo que sería muy agradable ir á vivir en su propiedad, burlarse ahí de toda molestia, alejar los deberes que comprometen ó los esfuerzos inútiles de la vida pública, no ser ni regidor del ayuntamiento, ni prefecto de su distrito, contentándose con administrar bien sus bienes, con vivir á su antojo y sobre todo con vivir bien. Otro, de constitución más viva, inclinada al placer, que cita con orgullo los preceptos epicúreos de Horacio y sus versos anacreónticos, que conoce á Delia, á Lesbia, á Cyntia, y que se apresura á reemplazar esos añejos nombres con los de bellezas más modernas y mucho más populares. Otro, es rico, pero no consiente en decir que tiene un modo honrado de pasarla: es afecto á lo que brilla; tiene gusto por los honores; necesita una carrera rápida; no tendrá embarazo en pedir por favor lo que encuentre demasiado penoso ganar con el trabajo, es hombre que espía las circunstancias favorables, que se abre camino por todos los medios, que se pone bajo la protección de toda clase de patrones; es ambicioso, pero de sus goces personales; lo que le gusta del poder, es el placer, la riqueza, el cortejo, la excitación, el in-sustancial y fácil torbellino. Recuerda los versos de Hora-

cio, de Propercio, de Ovidio; sueña con un Polion ó un Mecenas; y suspira por los beneficios de Augusto. Atrévase á lo que se atreviere, se creerá justificado con semejantes ejemplos, y en los días de escrúpulo fortificará su conciencia, recitando hermosos versos.

El que, por fin, tiene gustos modestos, humildes si se quiere, que teme el esfuerzo, la competencia, las luchas generosas, las escuelas especiales, las carreras liberales, que no pide mas que un pequeñísimo empleo, seguido de otro y de otro mas, ambicion que no es desmedida, puesto que la Francia desarrolla de tal manera la centralizacion y sus funciones administrativas, que de preverse es el día en que haya tantos funcionarios como franceses; ese repite toda su vida, con una gratitud que varia de objeto y con una satisfaccion que no varia, el famoso verso de Virgilio: «Un Dios nos ha creado estos vicios.»

*Deus nobis hæc otia fecit.*

Añadiré, señores, que en la degradacion de los ciudadanos en tiempo de Augusto, en la corrupeion del sentimiento individual, en la negacion de lo que á la patria debemos, en las lisonjas exageradas, que llegan á hacer de un hombre el igual de los dioses, y hasta divinizar sus pretensiones y sus errores, hay en el conjunto de esa poesía un peligro inevitable para las literaturas que de ella se inspiran. Despues de haber alabado lo que la literatura francesa ha tomado de los latinos, imposible es disimular lo malo que el espíritu de imitacion ha producido. En los poetas de Augusto es donde los poetas del Renacimiento aprendieron á comparar con los dioses y las diosas del Olimpo, no solo á los reyes y á las reinas, sino á las queridas de los reyes y á los cortesanos mas vulgares. Ciertamente no era inspiracion del antiguo gé-

nio frances, que era severo en la censura, satírico, liberal, amigo de la independencia, y que jamas habia aprendido á arrodillarse ante un amo. Los poetas del Renacimiento tomaron esas formas serviles en los libros latinos, en los recuerdos de su juventud, y creyeron hacer maravillas con divinizar á sus contemporáneos, como los poetas del imperio habian divinizado á los emperadores. ¿No os habeis sonrojado, señores, de los génius que admiramos y veneramos, al leer ciertas páginas muy de sentirse de nuestros clásicos franceses, y al convenceros del grado de adulacion á que descendieron algunos escritores del reinado de Luis XIV? Y me pregunto lo que debian pensar los extranjeros, los ingleses y los holandeses del siglo XVII, los protestantes de Suiza y de Alemania, al leer las adulaciones no del llano Benserade, sino de Boileau, de Racine, de Corneille, de los predicadores del Evangelio y de los mismos grandes obispos, trasformados en cortesanos. Estos grandes ingenios no creian degradarse. ¿Por qué? Porque, desde su infancia, estaban imbuidos de las forma serviles, porque cien veces las habian aprendido en los autores del siglo de Augusto, porque las fórmulas ya hechas se habian grabado en su cerebro, porque la educacion literaria se presentaba á su espíritu tan naturalmente como las palabras vienen á los lábios del que habla su lengua materna, porque la poesía latina habia sido su alimento, su modelo, su ideal, su sueño, y porque ese alimento habria llegado á formar parte de su sangre.

Aun en el siglo XVIII, veis que las inteligencias mas libres, las que reivindican con mas fuerza los derechos de la humanidad, no escapan de esa influencia; que Voltaire mismo tiene lisonjas indignas, y un modo de adular que provocan el disgusto del lector. En el fondo creia burlarse de

aquellos á quienes adulaba, pero jamas habria consentido en expresarse de esa manera si no hubiera tenido la autoridad y el ejemplo de los poetas de Augusto.

Comprenderéis, señores, que si ese contagio ha seducido y corrompido á inteligencias de un órden superior, será tambien un peligro para inteligencias mas comunes, que no escriben, pero que adulan, que no piensan, pero que obran, que no hacen versos, pero que se someten, que no divinizan á sus amos, pero que á todo están dispuestos.

¿Luego, cuál es el mal de nuestra época? Debemos decirnos nuestras verdades en la cara: el mal de nuestra época, es la languidez de los espíritus, el abandono de nosotros mismos, el gusto por el reposo, la indiferencia, el sentimiento individual sustituido al patriotismo, el arte de mucho pedir á la cosa pública y de poco darle, la confianza en el Estado y la abdicacion de nuestros derechos y sobre todo de nuestros deberes de ciudadanos. Creemos justificarnos con imputar el mal á los que nos dirigen, y echando siempre la culpa á los acontecimientos superiores á nuestra voluntad. Cuando un pueblo cae hasta ese grado, no debe buscar la causa de su caida sino en sí mismo. Es indudable que el desarrollo del comercio, las múltiples invenciones de la industria, cincuenta años de paz y de prosperidad, el aumento de las riquezas, las súbitas fortunas, las especulaciones escandalosas, el gusto por el lujo y el falso brillo, un bienestar que no ha tenido igual en ninguna época y que ha penetrado en todas las clases, aun las mas pobres, es indudable, que todo ha contribuido á crear entre nosotros la necesidad incesante de placeres. El dia en que el hombre no piensa mas que en sus placeres, se separa de la sociedad, y se cree superior á todo deber porque no ve ya mas que necesidades.

Hay en esto en peligro, y un peligro grave, señores; tiempo es de conjurarlo, y tiempo de aplicarle el remedio. Somos un poco viejos para curarnos; pero pensemos en nuestros hijos y esforcémonos por darles una educacion mas fuerte, mas moral, mas política que la nuestra. Somos demasiado latinos con nuestros maestros, demasiado epicuréos con Horacio, demasiado lánguidos con Virgilio, demasiado cortesanos con Augusto.

Si queremos que sean mejores que nosotros, nuestros hijos, han menester una educacion mas viril y mas generosa. Releguemos el latin al segundo término; siempre tendrá su lugar, puesto que es necesario para la inteligencia de nuestras leyes, de nuestras ciencias, de nuestro mismo lenguaje y de los modelos que ha inspirado á nuestra literatura, pero no tendrá sino el segundo lugar. La mayor parte, la mas larga, pertenecerá á la literatura griega. En ella se encuentran los manantiales puros, abundantes, irreprochables; en ella se preparan los filósofos, los pensadores, los ciudadanos, los hombres de Estado. De ella podeis poner en manos de los niños las obras mas sencillas y mas admirables. Hay, sin duda, autores que debemos separar. No aconsejaré que se les haga leer á Anacreonte y Aristófanes, ó por lo ménos seria necesario escoger lo que de ellos leyeran. Pero aun sacrificando á estos dos poetas, ¡qué inmenso horizonte se nos presenta! Homero, lleno de lecciones y de heroismo, Hesiodo con su bella moral, Solon con sus exhortaciones patrióticas; luego Esquiles, Sófoles, Eurípides, en que la alma aprende á pensar con grandeza y á expresarse en magnífico lenguaje. Si queremos prosistas, tenemos á Herodoto, el maravilloso narrador, cuyas narraciones tanto encantan la imaginacion del niño como la razon del anciano, á Tucídedes, á la vez

gran historiador, gran político, gran filósofo, á Xenofonte, que tiene en los labios el perfume de la miel de Hymeto y que traza al mismo tiempo con energía las hazañas inmortales de un puñado de griegos, á Platon, que transporta el alma á las esferas mas elevadas, y cuya forma armoniosa es un modelo de proporcion y de belleza, á Aristóteles, que guió la Edad media, que es á veces árido, pero que da á la inteligencia la exactitud, la precision, y que enseña cuáles son los derechos del ciudadano, las reglas de los Estados, las constituciones de las sociedades, á Teofrasto, el mas puro y encantador de los moralistas, á Luciano, el mas agudo é ingenioso de los críticos, á Demóstenes, el enérgico patriota, Esquino, á Lysias, á toda la escuela de los oradores áticos.

Calculad, señores, el resultado de la enseñanza de esta gran literatura. Suponemos una generacion que estuviese iniciada desde la infancia, en el conocimiento de la lengua griega, y que hubiese crecido penetrándose de todas estas bellezas: se dirigiria, sin comprenderlo, á todo lo que es bello, grande, generoso. Seria superior á las convicciones sistematicas, á las teorías preconcebidas que pertenecen á la edad madura ó al espíritu de partido; el alimento intelectual que cada dia se le presentara, despertaria sin esfuerzo los nobles sentimientos que ¡gracias á Dios! no están en el dia muertos, sino debilitados, ó al ménos silenciosos. La elevacion del sentimiento moral, que respiran todos los libros griegos, seria la salud y la fuerza de nuestra juventud. No hablo de la filosofía que los griegos inventaron, analizaron y desarrollaron hasta tal grado, que la moderna filosofía no ha podido ménos que seguir sus huellas, pero la moral misma encontró intérpretes tan admirables en los escritores griegos, que solo el Cristianismo los sobrepujará; y todavía, mas de

# EL PROCESO DE LOS CESARES,

---

LA HERENCIA DE AUGUSTO TIBERIO

POR

MR. BEULE



I BIBLIOTECA ECONOMICA